

las penas y de la *remisibilidad* del pecado. «Aquel, dice, que se encoloriza con su hermano, obligado será á juicio: quien dijere á su hermano raca, obligado será á concilio: y quien le dijere insensato, quedará obligado á la gehenna del fuego.» (Mat. 5, 22.)

Las afecciones de odio hácia el prógimo, serán pues castigadas; pero las palabras amargas serán castigadas con mas severidad; y las palabras injuriosas con mayor severidad aun. San Juan habla en su primera carta, cap. 5, v. 26, «*de un pecado que conduce á la muerte.*» Luego hay pecados que no conducen á la muerte: luego no todos los pecados son iguales.

Ademas: hay pecados que no serán perdonados en este mundo ni en el otro; tal es el pecado contra el Espíritu-Santo. Los hay tambien que son perdonados en este mundo, ó en el otro. Luego la *remisibilidad* no es la misma para todos los pecados; y por consiguiente ni la culpabilidad. No son pues iguales todos los pecados.

En fin; se lee en los proverbios: «El justo caerá siete veces y se levantará; pero los impíos caerán para mal.» (24, 16.) Luego hay pecados que quitan la justicia habitual, y otros que no lo hacen así. Preciso es inferir que todos los pecados no son iguales; y por consiguiente he tenido razon para desechar la religion ó la secta que enseña lo contrario.

16. Los protestantes dicen tambien que todas nuestras buenas obras son pecados; y como por otra parte enseñan que todos los pecados son iguales, resulta que todas nuestras buenas obras son pecados iguales á los otros pecados. La oracion será pues un pecado igual á la blasfemia; la limosna un pecado igual al robo; y la restitucion un pecado igual á la injusta detencion. Esto es lo mas absurdo que puede imaginarse: luego lo mismo debe decirse de la secta que lo enseña.

17. Despues de esto quisiera yo saber la respuesta que daria un ministro protestante y lo que aconsejaria al que preguntase si deberia restituir lo que poseia injustamente. Porque si respondia que era necesario restituir, éste podria entonces preguntar si la restitucion era una buena obra; y en el caso de ser afirmativa la respuesta del ministro, decirle: segun vosotros todas las buenas obras son pecados, y todos los pecados son iguales; por consiguiente, que restituya yo, ó que no restituya, cometeré un pecado, y en ambas suposiciones mi culpabilidad será la misma.

Esta doctrina me pareció absurda, y debí reprobarla así como las sectas que la enseñan.

18. Dios es soberanamente santo: por consiguiente dista infinitamente del pecado y le detesta.

Si Dios detesta el pecado, no querrá de ninguna manera que nadie se haga culpable de él.

Si no quiere que nadie se haga culpable de pecado, no puede mandar que se cometa, ni inducir á ello.

Si no puede inducir al pecado, no puede ser nunca autor ó causa de él: luego es un absurdo decir con los calvinistas y con Lutero, que Dios quiere el pecado; que le sugiere; que le produce; que le manda; que le obra; ó que dirige al mal los perversos designios del impío.

19. Yo leí un gran número de historias, así civiles como religiosas; consulté los anales de diferentes pueblos y de diferentes naciones que ocupan ó han ocupado la superficie del globo, para saber si la religion luterana, la religion calvinista y las demas religiones protestantes fueran conocidas antes del siglo XVI.

Leí también con la misma intencion muchos manuscritos muy antiguos; y examiné las inscripciones y medallas que nos han conservado el recuerdo de las cosas memorables sucedidas en cada siglo. En ninguna parte se habla de estas religiones; ningun vestigio se encuentra de ellas en los antiguos monumentos, de donde inferí que eran de nueva invencion; y que no descendian, por consiguiente, de los apóstoles, ni de Jesucristo, sino solamente de aquellos cuyos nombres llevan, y que por lo tanto debian de ser desechados.

20. Me acuerdo de haber leído en mi juventud un libro compuesto por un calvinista con el título de *Itinerario*. El autor de esta obra quiere demostrar por una serie de nombres reunidos al efecto, que ha habido en cada siglo de la Era cristiana hombres que han profesado la doctrina de Lutero y Calvino, pero han sido inútiles todas sus tentativas.

Es de notar que atribuye á aquellos, cuyos nombres cita, opiniones conformes á la vez á las de Calvino y Lutero, formando *lutero-calvinistas*; siendo así que Lutero y Calvino no estaban acordados entre sí y que los luteranos y calvinistas no profesan la misma fé.

Ahora bien: así como un religionario es simplemente luterano ó simplemente calvinista, no habiendo hoy persona alguna que sea lutero-calvinista, del mismo modo no han podido ser lutero-calvinistas los que el autor del libro cita en su *Itinerario*.

Ademas, no son aquellos mas luteranos que calvinistas, y mas calvinistas que luteranos. Los anabaptistas y los demas sectarios podrian con tanta razon como los luteranos y calvinistas ponerlos en el número de sus correligionarios.

El *Itinerario* no prueba que haya habido antes de Lutero y Calvino, hombres que hayan creído, profesado y enseñado todo lo que Lutero y Calvino enseñaron, ó bien lo que creen, profesan y enseñan ahora los luteranos y los calvinistas.

Luego hace lutero-calvinistas á aquellos de

quienes habla, únicamente por haber encontrado en sus escritos una ó dos palabras, una proposición que se encuentra en la doctrina luterana, ó en la doctrina calvinista.

De este modo hubiera podido incluir en su nomenclatura á Mahoma, Arrio, y todos los heresiárcas; porque todos estos han creído, profesado ó enseñado alguna de las cosas que creen, profesan y enseñan los luteranos ó los calvinistas; pues Mahoma enseñaba que no habia mas que un solo Dios; Arrio, que los concilios podian errar, y que el de Nicea erró de hecho condenándole etc. etc., de donde resulta que Mahoma, Arrio y los otros han sido, segun esto, luterano-calvinistas.

Ademas pone en su catálogo personas que han profesado hasta el fin de su vida la fé católica romana; soberanos pontífices, cardenales, arzobispos, obispos, monjes y aun hombres que han escrito en defensa de la Iglesia católica. ¿Qué motivo ha habido para obrar así? Ninguno absolutamente.

Segun él, San Gregorio ha sido luterano-calvinista porque censuraba los vicios del clero; San Ireneo, porque hace el elogio de la Escritura; San Policarpo, porque su doctrina era la de los apóstoles; el cardenal Belarmino, porque reprendia los pecados de los malos católicos etc. etc. Pero de que San Gregorio condenase los vicios del clero; de que San Ireneo haga el elogio de la Escritura; de que San Policarpo enseñase la doctrina de los apóstoles; de que el cardenal Belarmino reprendiese á los malos católicos, no se sigue de ningun modo

que hayan sido luterano-calvinistas. ¿No abomina todo católico piadoso los escándalos de los malos sacerdotes? ¿no reprenden los oradores celosos la conducta criminal de los malos cristianos? ¿no recomiendan la lectura de la Escritura Santa y la doctrina de los apóstoles? Seria preciso hacer tambien á todos estos luterano-calvinistas.

21. Sigo tambien á las herejías que han aparecido desde el origen del cristianismo hasta Lutero, y hago descubrimientos mas preciosos aun que los que acaban de ocuparnos.

Yo advierto que la doctrina de los luteranos como la de los calvinistas, se halla casi toda en la de otros herejes, que ha sido condenada ya por la Iglesia. No digo que los errores de Lutero ó Calvino hayan sido los de algunos de aquellos en particular; pero parte de ellos se halla en este, parte en aquel, en una época ó en otra.

Infiere de aqui, no que la religion luterana es anterior á Lutero, y la calvinista á Calvino; sino solamente que ambas religiones son una amalgama de diferentes herejías condenadas ya por la Iglesia romana, y á las cuales han añadido algunas otras novedades.

Parecen estas sectas á los vestidos que los mendigos se hacen, cosiendo remiendos viejos de diferentes colores á un trapo nuevo, que así por su calidad como por su color, no guarda armonia con el resto.

22. Me ocupé en seguida de las señales ó notas de la verdadera Iglesia de Jesucristo, que debía de ser *una, santa, católica y apostólica*.

No me fue posible reconocer estas notas ó signos en las iglesias reformadas, ó por mejor decir, en estas iglesias que no tienen forma.

Sobre muchos artículos de fé y aun sobre artículos esenciales, difieren estas iglesias entre sí, y cada una de ellas se subdivide despues en otras muchas sectas que tienen en materia de fé opiniones y creencias diversas: luego no se les puede atribuir la *unidad*.

La santidad exige que *el hombre se aleje del mal y haga el bien*. (Ps. 36, 27.) Ahora pues: estas sectas no solamente no recomiendan la observancia de los mandamientos de Dios, como medio de evitar el mal; sino que tienen por cierto que es imposible observarlos; y lejos de aconsejar la práctica del bien, enseñan, al contrario, que las buenas obras son inútiles á la salvacion, y aun estan in-ficionadas de pecado: luego no son *santas*. Por eso no se vé ningun santo que haya profesado su fé.

Ninguna de ellas ha sido predicada en todo el universo como la religion romana; ni pueden atribuirse la universalidad de tiempos, no habiendo existido antes del año 4515; ni la de lugares porque no ocupan sino muy pocos paises: luego no son universales, es decir, *católicas*.

No han sido tampoco fundadas por los apóstoles, pues ninguna de ellas puede remontarse has-

ta los apóstoles, ni por su doctrina ni por sus ministros: luego no son *apostólicas*.

Perteneciendo, pues, estas notas á la Iglesia romana únicamente, con razon he debido preferirla á todas las demas.

23. Despues me remonté á los tiempos, en que pueblos, naciones ó comarcas enteras pasaron desde la idolatría al cristianismo; lo que fue una cosa admirable, y no pudo hacerse sino con la asistencia de Dios, pues los reyes y emperadores mas poderosos y los mas crueles tiranos se opusieron á los progresos de la fé. Los mismos idólatras en presencia de una religion que es enemiga de la carne y de la sangre, que destruye las máximas del mundo, que propone misterios sublimes, á cuya altura no puede llegar la razon por sí sola, debieron resistirse á admitirla, y con tanto mejor éxito cuanto que los predicadores que la anunciaban, eran pacíficos en un todo.

Quise saber cuál de las religiones que se llaman cristianas habia sacado al mundo de las tinieblas de la idolatría, y me convencí sin trabajo de que todos los pueblos se habían convertido á la fé católica romana por los esfuerzos de hombres apostólicos á quienes los romanos pontífices habían dado la mision de evangelizar á las naciones.

Los adversarios de la religion católica romana convienen en que, durante los cinco primeros siglos de la Iglesia, fue aquella únicamente la que abrazaban los gentiles.

En el siglo VI, se convirtió la Inglaterra por los esfuerzos de San Agustín enviado allí por el Papa San Gregorio.

En el VII, convirtió la Alemania San Bonifacio enviado por el Papa Gregorio III.

En el VIII, convirtieron la Moravia San Cirilo y San Metodio.

En el IX, convirtieron la Hungría y la Polonia San Alberto, San Pelegrin y otros.

En el X, se convirtieron la Bohemia y la Moscovia por los esfuerzos de los predicadores católicos romanos. La Francia, ó la Gaula, lo había sido ya hacia tiempo, por San Remigio, y la Frigia por San Bonifacio y San Willebord.

En el XI, convirtió San Bruno la Pomerania.

En el XII, convirtió la Livonia San Menardo; á la Suecia Nicolás Brakpier, y á la Pomerania otra vez San Alton.

En los siglos XVI y XVII se convierten á la fé católica un gran número de provincias en las Indias asi orientales como occidentales, y cada dia se convierten á ella nuevos pueblos.

No he encontrado ninguna nacion pagana que se haya convertido al luteranismo, ó al calvinismo, ó á cualquiera otra secta protestante. Estas nuevas religiones no han sido abrazadas sino por católicos indiferentes que han querido entregarse á una vida licenciosa.

Luego he debido preferir prudentemente la religion católica romana á las religiones protestantes.

24. Me he convencido en el curso de la precedente consideracion de que los apóstoles y hombres apostólicos á quienes el mismo Dios elegia y enviaba para convertir los pueblos y naciones, recibieron del cielo el dón de los milagros, conforme á la promesa que Jesucristo hizo á sus apóstoles: «id, predicad; resucitad los muertos, curad los leprosos, espeled los demonios, etc.» (Mat. 10, 7 y 8); y el evangelista nos enseña que «predicaban en todo lugar, favoreciendo el Señor su obra y confirmando su palabra con los milagros de que iba acompañada.» (Mar. 16, 20.)

Los autores de las sectas modernas se glorían de haber recibido de Dios la mision de reformar su Iglesia; pero no han hecho ningun milagro para confirmar la verdad de su doctrina, y probar la divinidad de su mision. ¿Debia yo creer en su palabra despues de prevenirnos Jesucristo «que es preciso guardarse de los falsos profetas que vienen cubiertos con piel de ovejas, es decir, *teniendo siempre en la boca la Escritura y el Evangelio*, pero que son dentro lobos rapaces?» (Mat. 7, 15.) Nuestra desconfianza debe de ser tanto mayor cuanto se destruyen reciprocamente sus doctrinas; porque no es posible que unos y otros enseñen la verdad.

Luego Dios no los ha enviado á todos para reformar su Iglesia. No obstante, el uno no prueba mejor que el otro la divinidad de su mision y la verdad de su doctrina; y he creído que no debia seguir ni á los unos ni á los otros.

25. Quise comparar luego la vida y costumbres de los fundadores de las religiones protestantes con la vida y costumbres de los hombres apostólicos que convirtieron los paganos á la fé romana. ¡Qué diferencia, gran Dios, entre unos y otros! Tanta como hay entre el cielo y la tierra.

Estos últimos eran hombres llenos del espíritu de Dios, devotos y piadosos; que practicaban la virtud en grado heroico; que hacian una vida sobria, humilde, continente; despreciando los bienes y placeres de este mundo; no buscando mas que la gloria de Dios; ni proponiéndose en su conducta y escritos mas fin que la salvacion de las almas.

Los primeros, al contrario, esclavos de la carne y de los placeres, apóstatas de la fé, violadores de sus votos, impíos, orgullosos, no predicaban mas que la libertad de la carne y de hacerio todo, como se ve de una manera evidente en su conducta y escritos.

¿Ha habido en efecto hombres mas orgullosos y arrogantes que Lutero y Calvino, que se preferian á toda la antigüedad, y anteponian su interpretacion de la Escritura á la de los Padres y de la Iglesia? ¿Ha habido un escritor mas obscuro que Lutero, mas impio y blasfemo que Calvino? Sus mismos partidarios no pueden menos de confesarlo.

26. Aun me sentí mas vivamente inclinado á preferir la religion católica romana á las religio-

nes protestantes, cuando ví á un gran número de los hijos de aquella despreciar, aun hoy, todas las comodidades de la vida, dejar sus padres y amigos, renunciar los honores y dignidades, desprenderse de los bienes que poseian, y renunciar á los que esperaban, no temer las amenazas de los tiranos, arrostrar la muerte, y volar con la mayor alegría hácia las naciones mas distantes, y los pueblos mas bárbaros á predicarles el Evangelio, á trabajar por su conversion, y unirlos á la Iglesia católica, no obstante estar seguros de ir espuestos, como San Pablo entre los gentiles, á muchas fatigas, á vivir frecuentemente en prisiones, entre golpes y á vista siempre de la muerte. No he podido encontrar este celo entre los predicadores protestantes.

Concluí de todo esto que los unos y no los otros estaban animados del verdadero espíritu de Dios, porque no hay caridad superior á la que conduce á hacer el sacrificio de la vida por sus amigos. (S. Juan 15, 13.)

27. Entre los católicos romanos ví tambien, y esto fue para mí un espectáculo sorprendente, á muchas doncellas y jóvenes ilustres criados en el seno de la opulencia, rodeados de todas las comodidades de la vida, descendientes de las mas ilustres familias, no solamente nobles de origen, sino varones, condes, marqueses, príncipes, hacer el sacrificio de todos los placeres, é ir en tropel, aun

Después de vencer grandes obstáculos, á encerrarse en los conventos de comunidades religiosas, pobres y austeras, únicamente por el amor de Dios, y con el objeto de asegurar su salvacion; en tanto que las religiones protestantes apenas ofrecen el ejemplo de una sola persona de alta nobleza ó de un poco elevada condicion que se digne abrazar la profesion de ministro. No creo que Dios atienda á la cualidad de las personas que le sirven, pues que Jesucristo eligió él mismo por apóstoles á hombres groseros y sencillos pescadores; pero deducí que su gracia debia obrar, de una manera mas particular, sobre los que hacian tan extraordinarios sacrificios; y que por lo tanto su fé debia de ser la verdadera.

28. Dos ministros luteranos hablaban en mi presencia de un jóven á quien yo conocia, dotado de muy buenas disposiciones; y habiendo dicho el uno de ellos: «Este jóven vivirá en el celibato y la continencia, segun lo que puedo juzgar por sus gustos é inclinaciones»: añadió el otro: «Hará bien; pues la continencia y el celibato son un señalado favor, un dón especial de Dios.»

Como era yo entonces muy jóven y luterano, me sorprendí al oír esto, y dije en mi interior: Nuestros padres se tienen por los reformadores de la Iglesia, y los predicadores del Evangelio mas puro; ¿y cómo es que siendo la continencia y el celibato un señalado favor, y una gracia especial de Dios, no haya concedido esta gracia y favor á

ninguno de ellos? pues no vemos en ninguna parte ministros protestantes que sean célibes, ni se ha oido decir que los haya habido; al paso que entre los católicos ha habido un número infinito de virgenes, religiosas, religiosos y eclesiásticos que guardan la continencia y castidad. Luego su religion debe de ser mas grata á Dios que la nuestra; porque «nadie puede ser continente si Dios no concede esta gracia.» (Sabid., 8.)

Después recordé muchas veces estas palabras, y fueron uno de los motivos que me determinaron á abrazar la fé católica romana.

29. Habiendo leído muchos libros escritos por protestantes contra la fé y la religion católica romana, he visto que se prueba en ellos lo que admiten tambien los católicos, y que apenas se toca á lo que constituye propiamente la creencia católica.

Se citan allí con prodigalidad los textos de la Sagrada Escritura para probar que es necesario adorar á Dios y tributarle un culto supremo: verdad que jamás han puesto en duda los católicos; pues creen firmemente que seria culpable de idolatría quien tributase honores divinos á una criatura por grande que fuese.

Se citan tambien muchos pasages de la Escritura, en que se habla del matrimonio con mucha reverencia; ¿pero qué se quiere deducir de aquí? Los católicos no niegan que el matrimonio sea una cosa buena y honrosa, pues le ponen en el núme-